

Sandino en Mérida

Gabriel Ramírez

*Mérida (Está) desesperadamente lejos,
geográficamente no pertenece a México.*

LIC. LUIS CABRERA (1936)

Acompañado de su hermanastro Sócrates,¹ del coronel Augusto Farabundo Martí, los capitanes José de Paredes y Gregorio Urbano Gilbert; así como del teniente Rubén Ardila Gómez y el nicaragüense Tranquilino Jarguín, Sandino descendió a Yucatán del vapor *Superior*. Pisó Progreso el día 11 de julio de 1929 en medio de un tumultuoso recibimiento organizado por diversas asociaciones, principalmente grupos masones de la Logia Francisco Morales G. y del Partido Socialista del Sureste, entonces en el poder.

Registrados en el hotel Llano, la comitiva se dirigió después a protagonizar un mitin en el teatro Variedades. Posteriormente, ya en Mérida, serían hospedados en el Gran Hotel hasta donde hicieron acto de presencia pequeños núcleos de sectores progresistas, representantes de agrupaciones obreras y camarillas juveniles. Entre éstas, la Confederación de

Estudiantes de Yucatán cuyo líder Vicente Solís encabezó una no muy numerosa manifestación frente al hotel. Desde su balconada, Sandino agradeció las demostraciones de apoyo, lo mismo que Sócrates y algunos izquierdistas de la localidad: Carlos Duarte Moreno, Mario Negroe, Mauro Marrufo, Hermilo Carrillo.

La Mérida que conoció tenía poco más de 100 mil habitantes y estaba rodeada de enormes planicies de henequenes. Era una ciudad apegada a los valores tradicionales, tranquila y silenciosa, con muy poca iluminación por la noche. Abundaban los zopilotes, los poetas, trovadores y coches calesas. Escaseaban los automóviles. Se bebía agua de lluvia, se cocinaba con carbón o con leña. A ojos extraños, los yucatecos debían de verse como parecían a la periodista neolonesa Hortensia Elizondo, "gotitas de agua, todos vestidos de blanco; ellos



Doña América Tiffer y don Gregorio Sandino con sus hijos Sócrates y Augusto, en Niquinohomo, 1933.



con su guayabera de cuello duro almidonado sujeto con dos botones de vidrio de colores, su pantalón de lino planchado (...) Ellas, olorosas a jabón y agua fresca".

Había un periódico, una universidad recién inaugurada. Ocasionalmente funciones de teatro. La población, para realmente evadirse y trasladarse a mundos de ensueño, nada más fácil que prender la radio o ir a encerrarse a cualquiera de las diez salas de cine que funcionaban en la ciudad. Comenzaban a poblarse las barriadas de expansión urbana planificadas en la década anterior y todo se antojaba un remanso de paz, un lugar agradable para vivir, con poco ruido y menos agitación. De arquitectura monótona, el tono claro de sus casas le confería al entorno cierta armonía, como esas maravillas urbanas, la calle 59 y la avenida Colón.

Pero a unas cuantas cuadras del centro, rumbo al norte, estaba el verdadero orgullo de la ciudad, una avenida bordeada de árboles bautizada Nachi Cocom pero llamada por todos Paseo Montejo. Una zona señorial en la que podía respirarse la respetabilidad de sus habitantes, la posición social y económica de quienes vivían en las veinte o treinta mansiones afrancesadas a lo largo de él. Los groseros oropeles de fin y principios de siglo de las familias de ex hacendados parecía cosa remota, pero aún había descendientes con recuerdos vivos de un tiempo pasado que conseguían

mantener una identificación de clase. Lo rememoraban sentados en "sus imprescindibles corredores de brillante mosaico, espaciosos, sombreados de enredaderas y árboles tropicales" (H. Elizondo). Todavía no se tenía la sensación de un mundo fatigado, venido a menos, pero faltaba poco.

Fresca en la memoria la llegada de Salvador Alvarado en 1915 para hacerse amo del lugar, la posterior profanación y quema de la Catedral.² Fresco también el asesinato político de Carrillo Puerto y seguidores, la víctima ilustre de los ajustes y reajustes de cuentas que tenían lugar en la capital federal, donde cuestiones sin resolver los mantenían enredados en una espiral de violencia sin fin. Su muerte causó condena y hondo pesar pero también, en muchos, fue motivo de regocijo. Para todo caso, más de uno debió preguntarse, ¿dónde estuvieron los millares de campesinos y trabajadores de las ligas de resistencia que se lanzaran a las calles en protesta por el asesinato?

Sandino observó esos ambientes y uno piensa que necesariamente tuvo que llevar vida más o menos regalada, rodeado de muchos que vivían del cuento. Gente callejera que iba de un lado a otro perdiendo el tiempo en cafés o cantinas, todos al tanto de lo que pasaba pero sin nadie que hiciera nada. Meros conversadores, se la pasaban hablando y escuchándose hablar. No daban la impresión de llevar

a cabo nada productivo y Sandino se habrá preguntado en más de una ocasión quién trabajaba en realidad. Iba y venía por esas calles y tal vez sí se percataba de los mil detalles amables de la vida diaria, pero también sabía que le quedaba una lucha por delante como para relajarse, reír o sonreír.

Él y su Estado Mayor se mudaron a una ruinoso casona, en la esquina de Las Palmas calle 89 y 50, propiedad del diputado Anacleto Solís Alpuche. Ubicada en una barriada al sur, se encontraba en los confines de la ciudad. Sin duda que ya cómodamente instalados tuvieron que informarse de lo que sucedía a sus tropas durante la ausencia. Arrinconadas en las montañas norteñas de El Remanzo, casi frontera con Honduras, las operaciones estaban a cargo del general Francisco Estrada, no muy a gusto en su papel. Lo mismo sucedía a Pedro Irías, otro de los líderes nombrados por Sandino.

Entre los dos decidieron refugiarse en Honduras y esperar nuevas órdenes. El movimiento carecía ahora de cohesión interna. Reinaban la confusión, el desánimo y los brotes de indisciplina. Al ser detenidos Estrada e Irías por el gobierno hondureño, quedaría Pedrón Altamirano como responsable de las siguientes operaciones. En su edición del 16 de octubre de 1929, *Excelsior* informaba que Moncada había condecorado con medallas al mérito y de honor a treinta

y siete oficiales y marinos de la flota norteamericana como reconocimiento por los servicios prestados durante las elecciones de enero. Gracias a ellos se había podido "restablecer la ley y el orden". En la misma solemne ceremonia, se rindieron homenajes póstumos a siete oficiales y treinta y dos marines caídos en la campaña antiguerrilla. "Al contralmirante Sellers y al jefe de la misma graduación, Latimer, el presidente les concedió la medalla al mérito".

Los amargos reproches a Sandino por su larga ausencia estaban en relación directa con la crítica situación del movimiento. El huracán rebelde desencadenado tres años atrás amainaba, al tiempo que los enardecidos guardias nacionales lanzaban todo su poderío e iniciaban acciones punitivas de extremo rigor sobre las desguarnecidas zonas sandinistas. El avanzado estado de descomposición del régimen produjo —como en todo régimen caduco— una represión cruel, despiadada, sobre las filas rebeldes. Cansadas de la guerra sangrienta, las tropas se debilitaban y desmoralizaban. Minadas por la desertión y el desorden, comenzaban a aflojar la resistencia.

Luis G. Nuila comentaba sobre la eficaz represalia de guardias y marines,

en realidad una serie de carnicerías, de actos inicuos, porque



muchos campesinos inermes, sólo por considerárseles sandinistas, fueron decapitados. Represalias que nunca habían ocurrido en Nicaragua, ni cuando el filibustero Walker, y que constituyen para nuestra América una lección viva, una formidable enseñanza. En Ecuador los indios acostumbran hacer algo semejante con los vencidos en la guerra, dándose el lujo de reducir las cabezas de éstos para ostentarlas a guisa de trofeo. Y, sin embargo, representantes que se dicen de una cultura superior a la hispánica, han cometido a la luz del siglo XX actos de barbarie que no pueden ser calificados (...) A Sandino, cuando estaba en lo más arduo de su

lucha, allá en la manigua centroamericana, los deturpadores oficiales y oficiosos lo llamaron 'bandido', aplicándole el mismo epíteto que a Washington los ingleses. (*Diario de Yucatán*, 21 de febrero de 1935.)

A medida que pasó el tiempo, durante la primavera y el verano de 1929, las fuerzas norteamericanas decidieron reducir sus efectivos a unos quinientos hombres, lo que motivó algunas protestas ya que, de acuerdo con Mr. Mathew Hanna, la influencia de Sandino en el país era todavía mayor el 23 de julio que cuando se fue. Para todo caso, los marines se encargarían de adiestrar a una fuerza policiaca en guerra de guerrillas bajo el mando del general



Sandino a su llegada a México, 1929.

Douglas McDougal, jefe director de la recién formada National Guard of Nicaragua.

A finales de agosto se movilizaron seiscientos guardias (tres batallones) a la zona de combate de Nueva Segovia, departamento del norte de Estelí y Jinotega; cuatrocientos a la zona central (Matagalpa y sur de Jinotega); doscientos al oeste (León y Chinandega). Estaban apoyados por novecientos marines de los mil quinientos instalados en Nicaragua y dirigidos por los generales McDougal y Williams. Se trataba de una peligrosa misión a través de pantanos y de una espesa jungla infestada de emboscados sandinistas. Bajo esas condiciones, y en plena temporada de lluvias y lodazales, se requería de mulas y caballos para el transporte de pertrechos, así como también para trasladar a veteranos del Ejército de Voluntarios de Moncada. Y claro, de no pocos desertores sandinistas a los que pagaban 50 centavos diarios por abrir brechas.

Los combates tuvieron lugar en La Colonia (Matagalpa), San Francisco de Cuajiniguilapa. Sandino, mientras, esperaba la ansiada entrevista con el presidente de México para solicitarle apoyo. La respuesta llegaría nueve meses después de una negativa. Sandino no podía sentirse seguro donde estaba. Sospechaba que el gobierno mexicano y el cercano capitán Paredes habían conspirado para sacarlo

de Nicaragua con falsas promesas y ubicarlo en Yucatán en calidad de rehén. Debió suponer que estaba estrechamente vigilado por agentes tanto mexicanos como de Estados Unidos y de Moncada. Además, como si no tuviera suficiente, no tardaron en enrarecer más el clima los comunistas mexicanos. No entonces, pero más adelante, no dudarían en llamarlo traidor por haber solicitado asilo a un gobierno contrarrevolucionario. (*El Machete*, junio de 1930.)

Comentario mal intencionado al que se sumaban el constante cuestionamiento acerca de cuál era el origen del dinero con el que financiaba su campaña o, peor aún, su larga estancia yucateca.³ Su situación social llegó a ser de una ambigüedad sospechosa. Marginado y rebelde, de él podría decirse lo que Eric J. Hobsbawm escribió sobre individuos tipo Sandino: "Inevitablemente apresados en la trama de la riqueza y el poder, (ya que) mientras más triunfa (tanto) resulta un representante y un líder de los pobres (como) una parte integrante del sistema de los ricos". (*Bandidos*, Ariel, 1969.) En su caso, del engranaje Calles-Portes Gil.

Uno más de los rumores cainitas de esos días era que en junio de 1929 había rechazado el intento de soborno al no aceptar el regalo de una hacienda en Yucatán donde por casi diez meses lo mantuvo prácticamente recluso el gobierno mexicano.



Durante su permanencia en la península le siguieron los pasos y él se sintió sometido y muy limitado, al borde constante de la expulsión, aunque sin duda tuvo más buenos que malos días. En esa larga temporada de exiliado autoimpuesto, pudo moverse con libertad, ser reconocido por la gente, devolver saludos. "Lo admiraban como un hombre valiente, así le tenían respeto, era como un ídolo, como el difunto Carrillo Puerto". (Antonio Seba, en entrevista con Carlos Villanueva G. *Novedades de Yucatán*, 30 de marzo de 1986.)

Moreno, de corta estatura y delgado, casi magro, tenía un aspecto trágico y melancólico, de una fragilidad que le hacía parecer mucho mayor de sus treinta y cuatro años. Daba la imagen de retraído, paciente y modesto. De lejos se descubría la vida austera que había detrás y bajo toda esa fachada, la sospecha de que era un hombre que nunca sonreía. O muy rara vez. Toda su figura y actitud tenían relación con su causa. Según Galeano, era similar a "una T con sombrero". Bastaría verlo en la pose que adoptó ante la cámara de la Fotografía Guerra con su pinta de inquebrantable héroe revolucionario. Su vestimenta de forajido pulcro, con pajarita o pañoleta y puro en mano, por una vez sin el pistolón pero sin renunciar al inapropiado sombrero a la William S. Hart. A imitación de sus admirados Villa y Zapata, a su



General Augusto César Sandino.

uniforme impoluto no le faltaba ni sobraba aderezo alguno: Sandino, en esa imagen inmortal, parecía estar a punto de emprender una campaña guerrera de opereta.

Iba donde quería, acompañado casi siempre de su Estado Mayor itinerante que le seguía a donde fuera, subordinado a sus exigencias. El teniente Jarquín, el capitán Paredes y su ahora secretario particular, Farabundo Martí. A principios de agosto viajó a Tizimín donde fueron recibidos por numerosos entusiastas, entre ellos miembros de la Logia Masónica. Hospedados y agasajados por éste, comentó en un banquete estar en viaje de placer y lamentándose, una vez más, no haber encontrado de ninguna "república de habla española" respuesta a sus peticiones de ayuda. Peticiones y demandas llevadas hasta el punto que se volvían imposibles de satisfacer. Apelaba a razones históricas y sentimentales, pero rara vez llegó a mostrarse colérico o perder los estribos.

Se cuidaba de caer en los terrenos de perturbador del orden público pero era un obsesionado a quien, por momentos, vencía la pasión. Se había vuelto relativamente famoso y carismático, la gente acudía a verlo y oírlo y él respondía como si la historia (con mayúscula) le tuviese asignado un papel especial. Sus doctrinarias piroetas seudodiplomáticas (pisaba terrenos nuevos) eran obstinadas y de

matices extremistas. Fuera de lugar el pretender convertir el problema nicaragüense en un asunto latinoamericano, ya que en más de un país lo que a menudo existía eran condiciones opresoras. Sus cerradas élites gobernantes mantenían lazos formidables con los Estados Unidos y el poder de la oposición era muy reducido cuando no inexistente.

Ante el mundo exterior representaba bajo la mejor luz posible el cliché del oprimido y miserable David enfrentado al opulento y poderoso Goliat. Una lucha sin duda desigual e inaceptable, pero con una lógica adecuada a determinados gobiernos. Latinoamérica, pese a su secular y abrumador maltrato, no podía jactarse de ser una comunidad que mantuviera su unidad. No dio claras muestras de que tuviera nada que lamentar o celebrar y lo que Sandino recibió como respuesta adquirió formas convencionales de indiferencia, rechazo o neutralidad. Por momentos, de franca hostilidad: Sandino conoció la impotencia, el ser poco apreciado. Excepto para unos cuantos, no era nadie y estaba solo en su batalla contra la codicia territorial norteamericana. La temporada yucateca fue un gesto de calculada tolerancia del gobierno mexicano del que recibió apoyo económico por órdenes de Calles, pero lejos estaba Portes Gil de compartir sus empeños de liberación.



Todo lo contrario: su presencia incomodaba y preocupaba.⁴

En la ciudad de México, Calles y Portes Gil estaban dedicados a perfeccionar el "Sistema Obregón" y en poner los cimientos del PNR (Partido Nacional Revolucionario), semilla del futuro PRI. La familia revolucionaria daba sus primeros pasos, quizá torpes pero desde luego firmes bajo la batuta del Jefe Máximo de la Revolución, quien desde su casa en Cuernavaca hacía y deshacía. Lo mismo decretaba que hoy fuera presidente Portes Gil que mañana Ortiz Rubio y después Abelardo Rodríguez. Sandino no tuvo que lidiar más que con dos de los peles, Portes Gil y Ortiz Rubio. El país, sin embargo, era un hervidero. A la Gran Depresión de 1929 se agregaban otras turbulencias (cristeros, rebelión escobarista, Vasconcelos), conflictivos y complicados episodios protagonizados por Calles, que no quería soltar el poder.

El gobierno mexicano, con su habitual palabrería hueca y pretendidamente afable, no se cansó de darle largas a Sandino. Se mantenía a la expectativa y nunca se declaró abiertamente a su favor. Existían demasiadas dificultades políticas internas sin resolver como para cargar con una más de cara a los Estados Unidos. A pesar de no tener relaciones con Nicaragua, resultaba evidente que no simpatizaba con el alzamiento armado de Sandino ni compartía



Sandino en San Rafael del Norte, 1933.

sus mismos ideales. Le contrariaba el tono de su lenguaje de desafiante nacionalista, áspero y excluyente. En realidad, su presencia en territorio mexicano significaba un quebradero de cabeza y una subvención onerosa.

Como si México fuera la única alternativa, a Sandino el tiempo se le pasó mientras buscaba un rumbo que nunca encontró. Jamás consiguió recursos ni apoyos constitucionales de importancia. De tiempo atrás insinuaba planes de huida, casi con ánimo de fugitivo, harto de las vaguedades y dilaciones, de las asechanzas. Cuando no le quedó más remedio que reconocer la incapacidad de convencimiento de su forraje ideológico, hizo maletas y partió desalentado a seguir la lucha, pero con mayor seguridad a buscar una solución negociada del conflicto.

A principios de agosto de 1930, él y cuatro elementos de su Estado Mayor planearon escabullirse de la prisión política y emprender una travesía por las peligrosas selvas de Quintana Roo rumbo a Centroamérica. Antes, le habían escrito a Portes Gil: "Yo no he venido a México con el fin de adaptarme a una cómoda y pasiva vida de político desterrado. Fracasada la misión que me trajo, vuelvo a ocupar mi puesto al frente del ejército autonomista de mi país". Alertado, el doctor Zepeda emprendió urgente viaje en avión a Mérida.

Llegó el 9 de agosto y para variar se hospedó en el Gran Hotel. Trató de encontrarlo, preguntó por él y supo de su paradero. Días después le dio alcance en Tizimín. Allí le convenció de cancelar su partida y le pidió tener paciencia ante las promesas incumplidas del gobierno mexicano. Fue entonces que le dio a conocer el ofrecimiento de Portes Gil de la finca rural Santa Cruz, cercana a Espita, un obsequio "para hacerle menos pesada la espera pero, en realidad (agregaron los comunistas), con la finalidad canallesca de domesticarlo y enraizarlo definitivamente".

Zepeda ofreció rápida entrevista a un reportero del *Diario de Yucatán*. Se cuidó de mencionar a Sandino y dirigió la plática al proyecto de construcción del canal interoceánico propuesto por Estados Unidos y discutido el mes anterior en Veracruz durante el Segundo Congreso de la Liga Antiimperialista. Precisó ciertas declaraciones del vocero norteamericano, Mr. Denny: "No he visto mayor cinismo ni desorbitado fin de querer desvirtuar los propósitos de invasión del coloso norteamericano, cuando para llevarla a cabo invoca la seguridad militar de Nicaragua, que no tiene ningún conflicto internacional más que el provocado por el interés norteamericano".

"Con la construcción del canal, cuyos tratados por el Congreso de mi país, se afecta enormemente a cuatro



naciones: Nicaragua, Costa Rica, El Salvador y Honduras. Y lo más doloroso es la indiferencia de las otras naciones hermanas, que no quieren ver el grave peligro que representa para la raza la intrusión de su enemigo común". En un breve lapso de relajamiento habló de su entrevista próxima con el gobernador Torre Díaz y mencionó su primer viaje a Yucatán, en 1919. Ocasión en la que conoció a la que sería su esposa, Holda Novelo Cuevas, hija del poeta y licenciado José Inés Novelo, y con la que se casaría en Mérida al año siguiente.

Más adelante, el doctor Zepeda se haría cargo de otra diligencia no menos importante. Según Daniel Uicab Polanco, los doce paquetes del archivo personal de Sandino fueron entregados a Primitivo Molina (Gran Maestro de los Masones de la Gran Logia Unida La Oriental Peninsular), quien el 3 de agosto de 1929 los depositó en el templo masónico de Yucatán, construcción entre neomaya y demillesca de la calle 59 demolida a principios de los cincuenta.⁵ Seis meses más tarde, Sócrates Sandino rescató el archivo para dárselo al doctor Zepeda, según consta en el documento "Descripción de motivos que impulsaron a ir a México en busca de apoyo para el sostenimiento de nuestra lucha emancipadora en Nicaragua", fechado en Las Segovias el 16 de julio de 1931. (*Por Esto!*, 17 de junio de 2008.)



Sandino en México, 1929.

NOTAS

- 1 Don Gregorio, padre de Augusto César Sandino, se deshizo de Sócrates muy pronto, enviándolo a Estados Unidos en calidad de bracero. Si trabajó duramente o no como mecánico poco se supo, pero ya desde 1927 ocupaba su tiempo en reuniones con la Anti-imperialist League de Nueva York, posteriormente tribuna de lucha sandinista. Solía reunirse con los pintores Siqueiros y Rivera, el periodista José Román, los escritores Sherwood Anderson, Waldo Frank y otros en El Charro, "abrevadero oculto" disfrazado de restaurante, propiedad de Roberto de la Selva, ubicado en el cruce de la 100 y 115. Entre tequilas y mezcales, discutían "sobre problemas sociales, locuras geniales y Sandino, plato del día de las noticias". (José Román, en *El Nuevo Diario*, de Jorge Eduardo Arellano.)
Sócrates se convertiría en activo propagandista itinerante, pero nunca dejó de ser un personaje ladino y rufianesco, capaz de embolsarse tranquilamente donaciones sin rendir cuentas. Con cariño fraterno, Augusto César defendió su participación en la "cruzada militar", asegurando haberle servido tanto de secretario como de combatiente "en la columna del general Umanzor". Llamado por algunos "coronel", otros compañeros le negaban hasta el saludo. Alternaba el fusil con la pluma del enamorado poeta guerrero: "Mi campesina es fresquita / como el rocío mañanero, / tiene roja la boquita / y por ojos dos luceros. / Su cuerpo esbelto y mediano, / muy chiquita de los pies, / en su frente está el arcano / de la siembra y de la mies..." Acompañó a su hermanastro hasta el final y en la noche de la masacre, fiel a su temperamento belicoso, fue el único que murió con las armas en la mano: como quien dice, con las botas puestas.
- 2 En una noticia de la época, del 24 de septiembre de 1915, se leía: "Por la noche, recorre las calles una manifestación organizada por el general Salvador Alvarado. Frente a la Catedral se pronuncian violentos discursos contra los curas, las monjas y la Iglesia católica, apostólica y romana. Son derribadas las puertas de todos los templos meridanos para dar paso a la chusma, que destruye cuanto encuentra, imágenes, pinturas, altares, vestiduras sagradas y hasta el órgano, mientras la banda de música toca *La cucaracha*". (Alfonso Taracena. *La verdadera revolución mexicana 1915-1917*. Porrúa, 1960.)
Como sobre Alvarado no se solían escatimar laudatorios superlativos, resultaba curiosa la visión del licenciado Luis Cabrera, ministro de Hacienda de Carranza: "El Centro necesita dinero para la Revolución y a pretexto de emancipar a los esclavos, vinimos realmente a tomar el dinero de donde lo había, metiendo la mano en el bolsillo de Yucatán. Primero, impusimos un derecho de exportación al henequén; es decir, tomamos una parte del trabajo de los esclavos, en quienes no volvimos a ocuparnos y que más tarde serían redimidos por los mismos yucatecos. Yucatán quiso sacudirse de sus libertadores y pretendió rebelarse contra el Centro reasumiendo su soberanía, como Oaxaca. Pero llegó Alvarado y sometió al Estado con mano militar... Pero no volvió a soltarlo. Se apoderó de su riqueza y a pretexto de defender el precio de la fibra, organizó el monopolio oficial del henequén". (*El Universal*, 11 de julio de 1936).
- 3 Entre sus entusiastas proveedores, se mencionaba al comerciante chiclero de ideas progresistas Mario Ancona Cirerol, padre del futuro poeta y periodista Mario Ancona Ponce. El 16 de marzo de 1930, Ancona Cirerol facilitaría al Jefe Supremo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua tres mil pesos plata mexicana. El propósito: movilizar a sus hombres hacia Nicaragua. Esta "deuda sagrada" se comprometió Sandino a saldarla a su regreso a Las Segovias y apenas recibiera la ayuda prometida por las organizaciones mundiales antiimperialistas.
- 4 Desde Progreso, el 10 de abril de 1930 acusó recibo de 2 mil pesos que el secretario de Gobernación, Portes Gil, había entregado al doctor Zepeda "para gastos necesarios del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional".
- 5 La Gran Logia Unida La Oriental se fundó en 1922, fusionándose en 1928 con La Peninsular. Sus miembros pertenecían entonces a "La burguesía liberal y personas con abundantes recursos económicos". Entre éstas, los integrantes de la cúpula del Partido Socialista del Sureste. (*Enciclopedia Yucatán en el Tiempo*. Tomo IV. Inversiones Cares, México, 1998.) Afecto a los cultos secretos, Sandino era masón de la Logia Acción Núm. 31 y ocupaba la membresía 49 de la Escuela Magnético Espiritual de la Comuna Universal. Luego de la muerte de su hijo, don Gregorio Sandino escribía desde El Salvador en noviembre de 1934 al presidente Sacasa informándole que el archivo de Sandino había sido robado por un guardia nacional apellidado Blanco. En petición inútil, urgía su búsqueda y rescate, pues se trataba de documentos de "importancia histórica".